

A  
G-54

1

MANUEL REINA

---

# POEMAS PAGANOS

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS  
EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS—EL CRIMEN  
DE HÉCTOR

MADRID  
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado.  
1896

BIBLIOTECA HOSPITAL F...  
GRANADA

Sala: \_\_\_\_\_

C

Estante: \_\_\_\_\_

002

Numero: \_\_\_\_\_

056 (1)

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18

POEMAS PAGANOS



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: \_\_\_\_\_

C

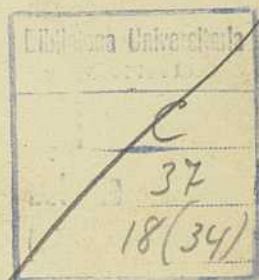
Estante: \_\_\_\_\_

002

Número: \_\_\_\_\_

056 (1)

POEMAS PAGANOS





R. 29153

MANUEL REINA

---

# POEMAS PAGANOS

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS  
EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS—EL CRIMEN  
DE HÉCTOR



MADRID  
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado.  
1896

2481

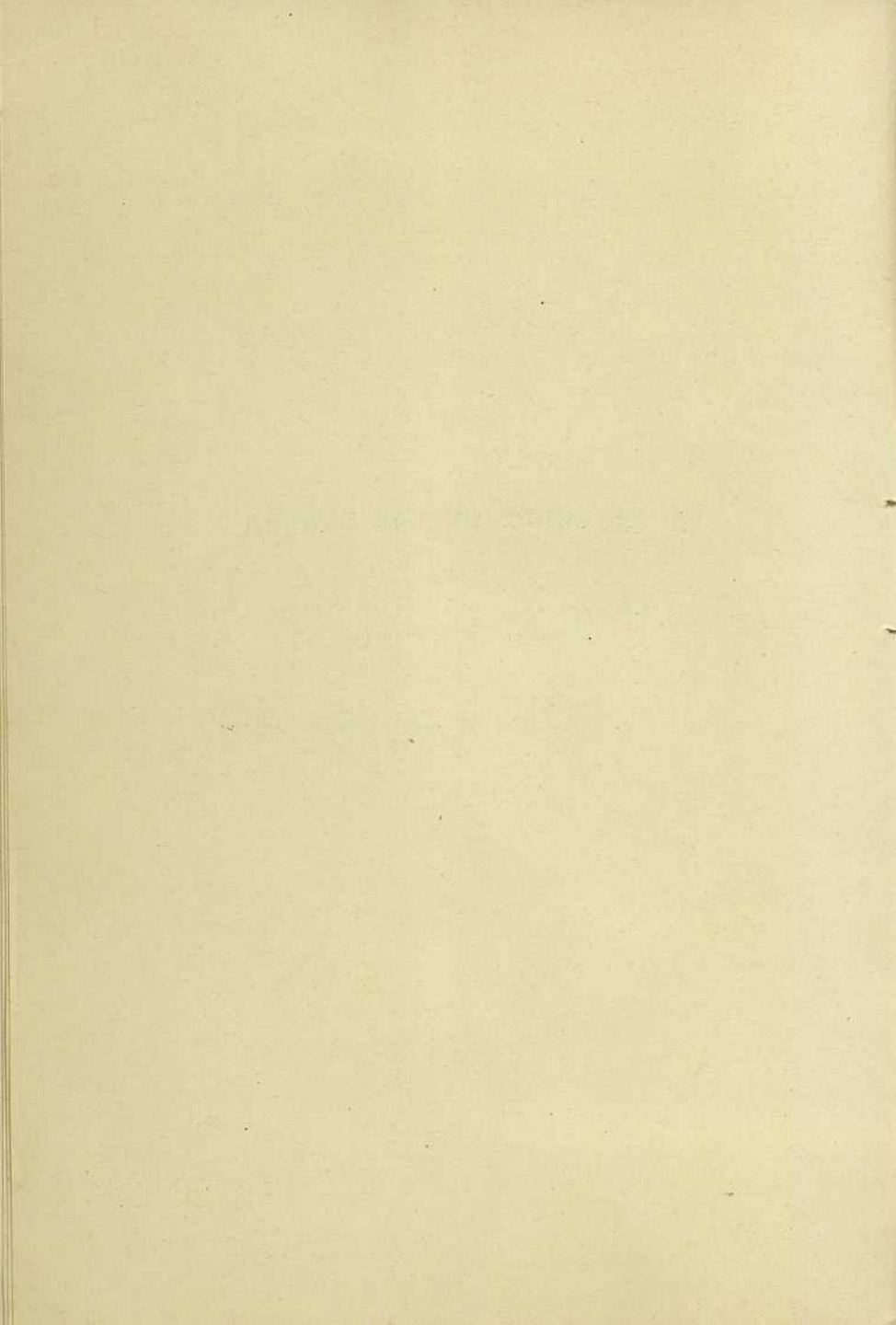


LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS

POEMA

INSPIRADO EN UN CUENTO, EN PROSA,  
DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

*A José Sánchez Guerra.*



## LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS

---

### I

Era la tarde. Abierta  
y como arnés ceñido á la robusta  
muralla, aparecía  
la ancha puerta de bronce, la gran puerta  
de Esparta, la ciudad fiera y augusta.

Del cristalino Eurotas la onda fría  
rodaba con sonido lastimero,  
y el sol, en viva púrpura bañado,  
semejaba el escudo ensangrentado  
de un adalid de Homero.

En la torre sombría  
que superaba al muro resistente



de la puerta de bronce, inquieta gente,  
ruidosa multitud se revolvía.  
Relumbraban las picas, el guerrero  
casco, la malla dura,  
la firme espada de cortante acero,  
el venablo, la espléndida armadura...  
Todo lanzaba resplandores rojos,  
menos los negros y nublados ojos  
de la griega irritada muchedumbre,  
siempre fijos, clavados en la cumbre  
de una montaña ingente  
que ostentaba, cual Jerjes, en la frente  
regia corona de sangrienta lumbre.

## II

Á combatir, ufanos,  
la víspera salieron de aquel día  
los trescientos heroicos espartanos,

los trescientos leones  
que por sus altas ínclitas acciones  
dignos son de la homérica poesía.

Coronadas de rosas,  
como para asistir á alegre orgía,  
partieron las falanges valerosas.  
¿Quién de aquellos soldados no sabía  
que iba á morir! El beso de la muerte,  
en lid gloriosa, para el alma fuerte  
es más dulce que el beso de las bellas.  
Por la patria morir... ¡dichosa suerte!  
Á los primeros rayos de la aurora,  
con himnos que entonaban las doncellas  
y los vivas de niños y de ancianos,  
la indomable ciudad batalladora  
despidió á los trescientos espartanos  
que, con bandas de mirtos y claveles  
en su marcial arreo,  
marcharon, siempre ansiosos de laureles,  
batiendo con sus lanzas los broqueles  
al compás de las odas de Tirteo.

## III

Voces de triunfo, bélicos rumores  
que en alas de los vientos voladores  
por la mañana á la ciudad llegaron,  
las venturosas nuevas confirmaron  
de los rudos pastores:

las falanges de Jerjes rechazadas  
fueron por las helénicas espadas  
que, formidables rayos de la guerra,  
cubrieron de cadáveres la tierra.

El excelso Temístocles, al frente  
de sus nunca vencidos escuadrones,  
á reforzar volaba, diligente,  
el bando de los épicos leones.

Cánticos entonaba de alegría  
y á sus altas deidades protectoras  
preces la noble Esparta dirigía  
en honor de sus huestes vencedoras,

cuando llegaron tristes mensajeros,  
y, al escucharlos, lúgubres y fieros  
tornáronse los Éforos.

¡Mentidas

las nuevas de los rústicos pastores!

¡Mentidos los rumores

del viento volador! ¡Rotas, hundidas

todas las esperanzas concebidas!

Mil brazos en el aire se elevaron,

y de furor y de venganza ardiente

atronadores gritos resonaron.

El terrible mensaje

corrió por la ciudad, como un torrente

de fervedo oleaje.

Efialtes, el pastor de alma perversa,

por recónditas sendas no sabidas

condujo ¡infame! al inhumano persa,

que, cual sierpe traidora, por la espalda

acometió á los bravos de Leonidas.

Ya de Jerjes el nítido caballo,

de paramentos de oro y esmeralda,



humedecido en sangre el férreo callo,  
hollaba triunfador la sacra tierra,  
cuna de dioses y héroes de la guerra.  
La torpe raza espuria  
del maldecido Irán derrocaría  
con implacable furia  
el templo levantado á las deidades,  
y de fuertes cadenas cubriría  
á los nobles soldados de Milciades;  
y á las griegas castísimas beldades  
iba á uncir, para afrenta y vil desdoro,  
á sus carrozas de marfil y oro.

## IV

En la elevada torre y las almenas  
esperaban los griegos, la faz mustia  
y las miradas llenas  
de furor y de angustia,  
ver lucir, á los rayos de la tarde,



en la cima eminente  
de la montaña el casco refulgente  
del enemigo vencedor cobarde.  
Pronto iban á surgir en la alta cumbre  
del ejército persa las espadas;  
las flechas de los caspios; las doradas  
cimeras de la asiria muchedumbre;  
los árabes, con blancos alquiceles;  
los etiopes, de facciones duras,  
ceñido el cuerpo con hirsutas pieles;  
las índicas nevadas vestiduras;  
los escitas con ojos de chacales;  
los infantiles soldados  
de Susa y de Persépolis, armados  
de broqueles de mimbres y puñales.  
La ciudad se aprestaba diligente  
á registrar con hechos inmortales  
el asalto inminente.  
Sobre Esparta cruzó, como enlutada  
nube, de cuervos fúnebre bandada  
que fué á posarse en el ramaje escueto

de la selva sagrada  
que se extiende á la falda del Taijeto.  
¡Presagio horrible! En ronca gritería  
prorrumpió la ciudad, que maldecía  
de los pájaros negros de la muerte;  
con mano ejercitada y brazo fuerte  
lanzó á los cuervos lluvia de saetas  
y piedras voladoras;  
pero en las ramas prosiguieron quietas  
las fatídicas aves graznadoras.  
Palidez espectral cubrió el severo  
rostro de las ancianas:  
ya era infalible el temeroso agüero.  
También palidieron y temblaron,  
el corazón henchido de congojas,  
las vírgenes hermosas espartanas,  
cuando les entregaron  
tristes sus padres las agudas hojas  
que ornamento brillante  
fueran del templo de Hércules triunfante.  
—¿Para qué se nos dan estas espadas?—

preguntaron las bellas, desoladas.

—¿Para qué estos aceros?—repetían  
con la voz lastimera.

Nadie les contestó. Ya lo sabrían  
cuando, al llegar el pavoroso instante,  
el terrible mandato se les diera  
de hundirlos en su seno palpitante.

## V

De pronto la espartana muchedumbre  
lanzó un grito estridente.  
Acababa de ver sobre la cumbre  
de la montaña ingente  
á un hombre que corría  
como recio huracán; por la pendiente  
velocísimo luego descendía,  
cual si ganar la puerta pretendiera  
de la ciudad. ¡Un fugitivo era!  
Roja la faz como encendida llama,

y en la mano una rama  
para sostén, sin duda, en la carrera,  
volaba por la aspérrima vertiente,  
llevando oculta la inclinada frente  
con su revuelta obscura cabellera.  
Más siniestra, más pálida y sombría  
ante la rauda aparición, la brava  
multitud se volvía.

Era gran cobardía  
correr de modo tal. ¿Abandonaba  
aquel hombre el combate? ¿Buscaría  
en Esparta refugio?

Á la vislumbre  
del sol, dando de lleno en su figura,  
resplandeció su helena vestidura.  
Espantosa rugió la muchedumbre  
y con voces de lúgubres acentos  
rasgó el aire liviano,  
gritando con furor: — ¡Un espartano!  
¡Uno de los trescientos!  
El miserable del combate huía.

¿Habrá imitado la falange rota  
de los griegos la negra felonía?  
¿No era una imagen fiel de la derrota  
la visión de aquel hombre envilecido?  
¿Á qué ocultar más tiempo la tremenda  
infamante verdad? De la contienda  
¡todos habían huído!

Interrumpió la ronca gritería  
un ay vibrante, aterrador, lanzado  
por triste corazón que se rompía,  
por una anciana de semblante airado  
que, clavando la vista en el soldado,  
—¡Mi hijo!—clamaba con horror.

Sangrientos

insultos, anatemas vengadores,  
gritos de rabia, crueles juramentos,  
cual tormenta preñada de furores,  
tronaron en los vientos.

—¡Tu vista nos deshonra, alma de lodo!  
—¡Atrás! ¡No es éste el campo de batalla!  
—¿Cómo la tierra en cólera no estalla

bajo tu planta vil?—¡El pueblo todo  
fulmina contra ti sus maldiciones!

—Si el valor consistiera  
en consumir negrísimas traiciones,  
héroes, cual tú, no hubiera.

—¡Ha desgarrado el corazón altivo  
de la patria tu infame cobardía!—

Callado y anhelante el fugitivo  
hacia la puerta sin cesar corría.

—¡Atrás! ¡Atrás, baldón de los guerreros!—  
los espartanos exclamaban fieros.

—No entres en la ciudad de la bravura,  
que no queremos con tu sangre impura  
manchar nuestros aceros.

—¿Á cuánto compra Jerjes las espadas?

—¿Vas á ganar con tu veloz carrera  
el premio en las alegres Olimpiadas?

—¡Álcese contra ti la sombra austera  
de Pólux iracundo!—

Habló el soldado;  
mas de la multitud el vocerío

cada vez más enérgico y bravío  
apagó sus palabras.

—¡No has besado  
la tierra! ¡La has mordido!—¡Atrás, infame!  
¡En tu pecho una víbora derrame  
su veneno fatal!—¡Vuelve á la guerra!  
¡Á morir combatiendo! ¿No te aterra  
nuestro furor?—¡Sobre tu frente zumba  
el anatema de tu padre bravo  
que se agita colérico en su tumba!  
—¡Anda á servir al enemigo, esclavo!—  
Esta odiosa palabra, como un trueno,  
retumbó en los oídos. Las doncellas  
bajaron, ruborosas, las miradas,  
estrechando á la vez contra su seno  
las cortantes espadas.  
De los dolientes ojos de las bellas  
abrasadoras lágrimas rodaron,  
que el metal de las armas recamaron,  
de perlas y diamantes.  
¡Esclavas!... Las doncellas comprendieron



para qué se les dieron  
las aceradas hojas penetrantes.

Veladas las pupilas por el lloro,  
la arrogante figura sin más galas  
que el rico manto de sus bucles de oro  
y una veste más nivea que las alas  
de los cándidos cisnes, una hermosa  
hacia el muro avanzó majestuosa  
cual la imagen de Palas.

El pueblo, con semblante compasivo,  
la contempló. La prometida esposa  
era del fugitivo.

Pálida y altanera  
miró á su amante, y con airada mano  
una piedra arrojóle tan certera  
que dió en el corazón al espartano.

Desde el pie á la cimera estremecido  
el triste se detuvo, alzó la frente,  
quiso hablar, mas su acento fué extinguido  
por las aclamaciones que á la gente  
la valerosa virgen arrancara



con su muestra preclara  
de ánimo entero y patriotismo ardiente.

Mustio el semblante, la mirada incierta  
y en la rama apoyado,  
encaminóse hacia la entrada abierta  
de la ciudad el mísero soldado.

Pero á un signo del pueblo enfurecido  
giró sobre sus goznes la ancha puerta,  
cerrándose con lúgubre estampido.

Y, ante aquella sombría  
hoja de bronce helada  
que para siempre—¡oh dioses!—de la amada  
tierra le proscibía,  
el fugitivo griego escarnecido,  
desplomándose inerte  
sobre el suelo natal, lanzó un gemido  
y durmióse en los brazos de la muerte.

Del sol á los postreros resplandores,  
sobre el cadáver rápidos cayeron  
los cuervos graznadores,  
y en aplausos las turbas prorrumpieron.

Así murió—volando su alma egregia  
al Elíseo, vestida con la regia  
púrpura del crepúsculo esplendente—  
el luchador valiente  
que en la batalla conquistó la gloria;  
el ínclito guerrero  
que los griegos nombraran mensajero  
de la inmortal victoria.

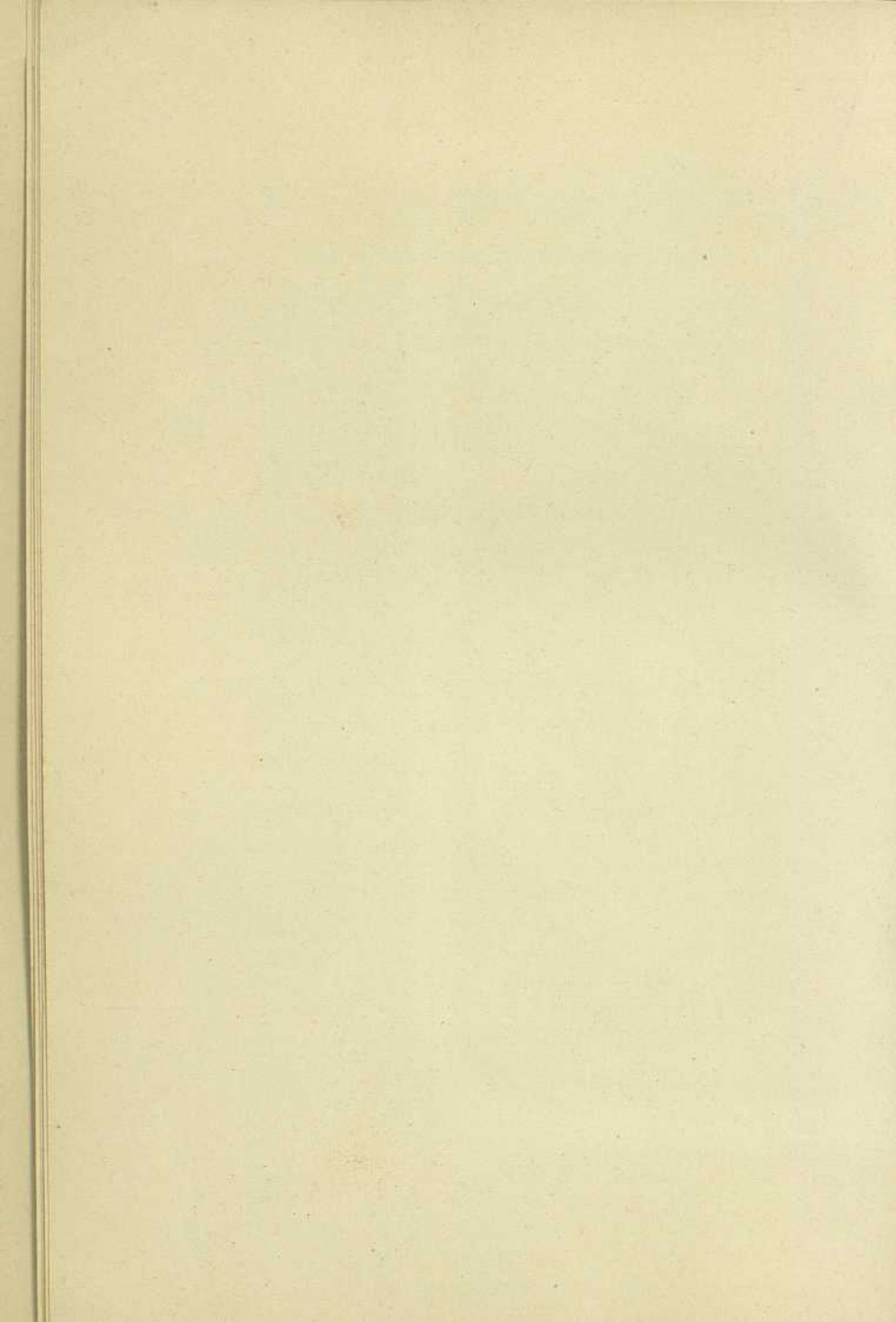
Así murió, abrazado  
á la rama triunfal y desgarrado  
el corazón por trágicas heridas,  
el invicto soldado,  
el augusto emisario de Leonidas.

Agosto 95.

---

EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS

*A Manuel del Palacio.*



## EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS

---

### I

Una blanca beldad fascinadora  
de rubia trenza y seno floreciente,  
de claros ojos como tersa fuente  
y risa más alegre que la aurora;  
por ameno jardín, que el sol colora,  
camina placentera y diligente,  
cuando su leve falda transparente  
prende un rosal con rama punzadora.

Dichoso acariciando á la hermosura  
se estremece el rosal, como una llama,  
al romper la beldad su ligadura.

Pétalos rojos llueven de la rama...  
Es que el rosal, perdida su ventura,  
llanto de sangre por la infiel derrama.



## II

Esplendores magníficos, brillantes  
curvas de plata y majestad divina  
muestra su cuerpo escultural de ondina  
al salir de las olas murmurantes.

Las tembladoras gotas rutilantes,  
con que ciñera el agua cristalina  
su inmaculada frente alabastrina,  
fingen regia corona de diamantes.

Á la luz cegadora que desprende  
su desnudez triunfante y deliciosa,  
en gentilíco amor todo se enciende.

Da en su cabello el sol besos de oro,  
y el mar, abandonado por la hermosa,  
vierte á sus blancos pies amargo lloro.

## III

La beldad, sonrosada como el día,  
esparcido el raudal de su cabello  
por la mórbida espalda y níveo cuello,  
llega al arroyo de la verde umbría.

Un vaso llena en la corriente fría,  
y al rozarlo después su labio bello,  
tiembla el vaso, feliz, lanza un destello,  
y campo y sol refleja en su alegría.

Cuando su viva sed siente aplacada,  
la hermosura retira, indiferente,  
el cristal de su boca de granada.

Tórnase triste el vaso, antes riente,  
y por su faz, de nieblas empañada,  
se desliza una lágrima luciente.

## IV

Suspiran los ardientes ruiseñores,  
llena la luna el mar, valles y lomas,  
y, en álamo frondoso, dos palomas  
cambian roncros arrullos gemidores.

La bella viste encajes, raso y flores;  
y, cual rocío en las fragantes pomas,  
en su pecho gentil lleno de aromas  
lanza un collar de perlas sus fulgores.

Un dichoso amator, en tierno lazo,  
á la beldad fascinadora oprime,  
besándola en su labio de escarlata.

Y, á la presión del venturoso abrazo,  
roto el collar de perlas, dulce gime,  
y en lágrimas radiantes se desata.

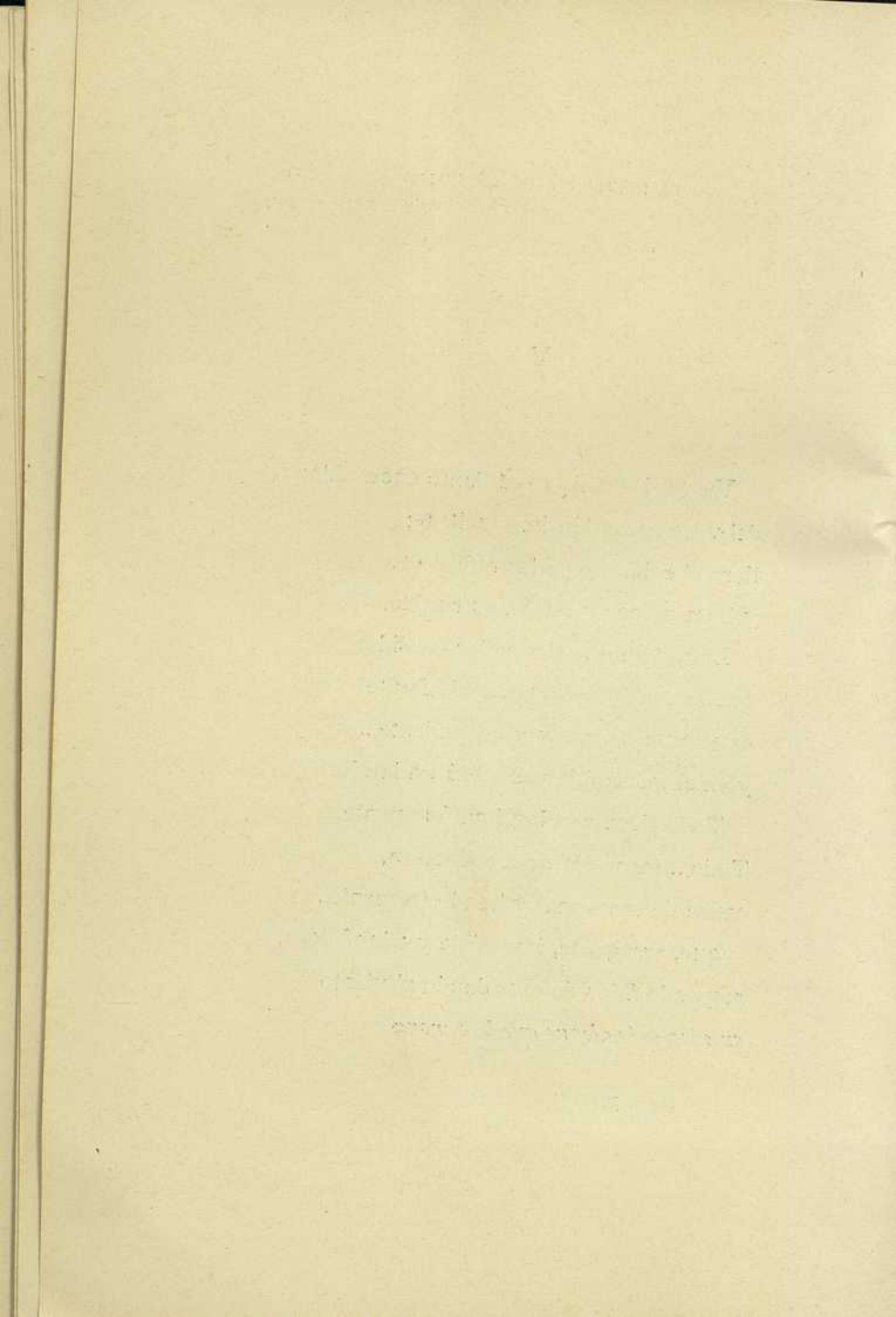


## V

Vierte el mustio rosal llanto encendido;  
del vaso rueda lágrima luciente;  
llora el collar de perlas refulgente,  
y llora el mar y estalla su rugido.

Llora también el amador rendido:  
que la beldad de inmaculada frente  
es estatua de mármol esplendente...  
y en el mármol jamás vibró un latido.

Todo tiene una lágrima ó lamento.  
Todo... menos la bella seductora,  
causa de tanto mal y hondo tormento,  
que, arrogante, impasible y triunfadora,  
responde á los dolores dando al viento  
*su risa más alegre que la aurora.*

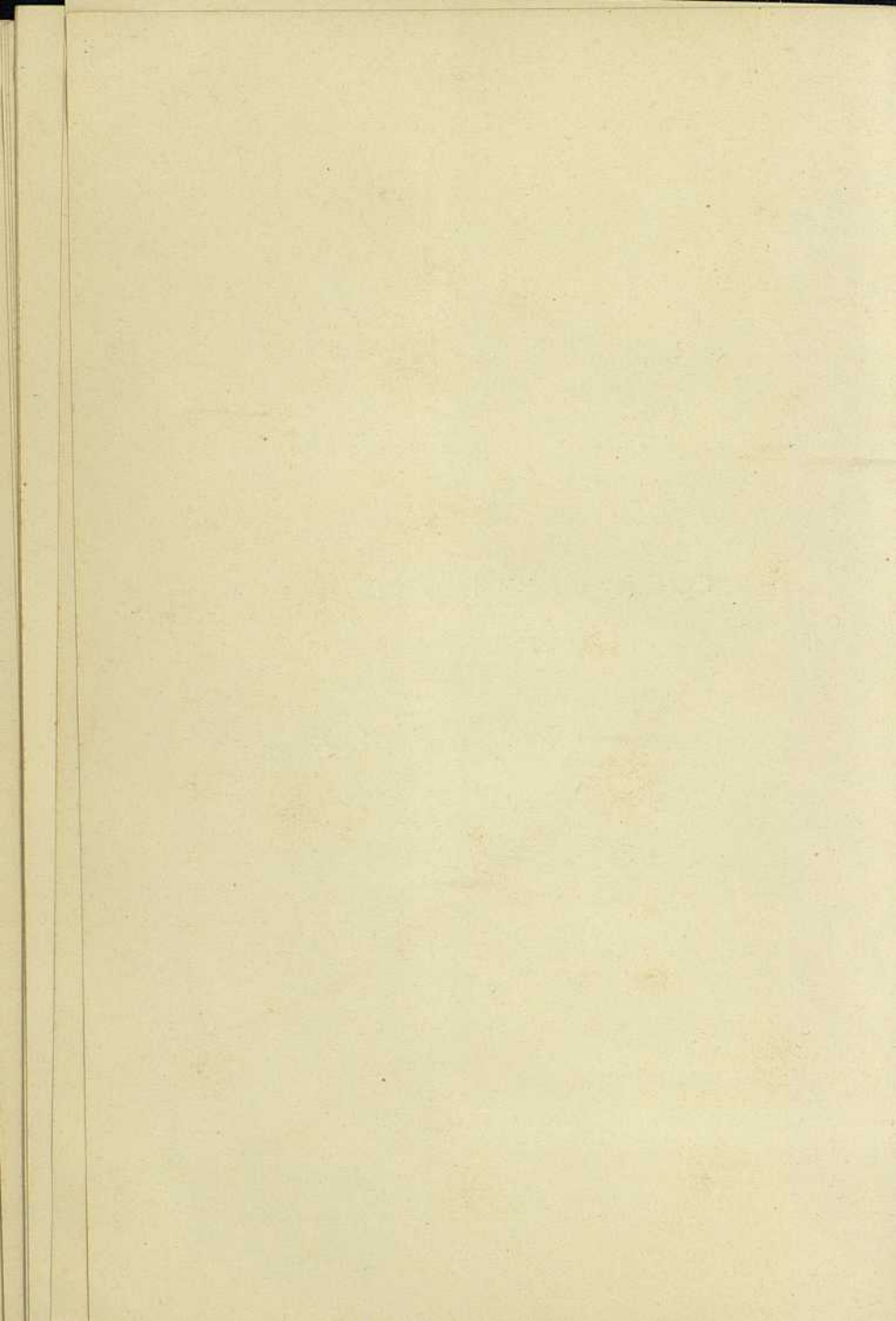


EL CRIMEN DE HÉCTOR

POEMA

*A J. Jurado de la Parra.*





## EL CRIMEN DE HÉCTOR

---

Cosa vieja era ya en él gustar de entretenerse en guiar carros de cuatro caballos: tenía también otro estudio, que era cantar al son de la cítara..... Mas porque no se publicasen del emperador solamente estas habilidades en juegos y pasamientos, dió en mostrar afición á componer versos, juntando, no sólo á los excelentes en esta profesión, sino á cuantos sabía tener algunos principios de poesía. A todos éstos Nerón hacía sentar cabe sí...

TÁCITO.

El genio es siempre un acusado.

VÍCTOR HUGO.

Todo triunfo es un crimen y se expía:  
el que tiene la medalla tiene el reverso.

A. DUMAS (hijo).

—Ea, probemos: á bregar conmigo  
(te dice á un gladiador ó saltimbanco).  
¿No vienes á luchar? Haz lo que digo,  
ó esas orejas de lebre! te arranco.

JUAN ALCOVER.

## CANTO PRIMERO

### I

La Roma de los Césares pagana,  
la ciudad del placer y los festines,  
de los circos, los lechos de oro y grana,

las cuadrigas y mágicos jardines;  
la envilecida Roma, la liviana  
ciudad de los riquísimos palacios,  
los carros de marfil y arcos triunfales,  
las copas de esmeraldas y topacios  
y los dioses de espléndidos metales,  
desceñida la túnica de seda,  
con su amante imperial, lasciva rueda  
en el fango de torpes bacanales.  
¿Qué fué del pueblo cívico y guerrero  
de los Gracos, Pompeyos y Escipiones?  
¿Qué de la patria de Catón austero,  
que engendrara las épicas legiones  
de César vencedor? ¿Qué del severo  
auditorio que en torno se reunía  
de la excelsa tribuna en que tronaba  
la voz de Cicerón, tormenta brava  
que huracanes y rayos despedía?...  
Valor, virtudes, patriotismo ardiente...  
todo rodó al sepulcro de la historia;  
y el áureo sol de la latina gloria,

rompiendo su corona refulgente,  
en la sombra se hundió! Roma hoy venera  
á un príncipe de instintos de pantera  
que, ante un público inmenso de naciones,  
cambia el imperio en colosal tablado,  
donde canta y disputa, degradado,  
el laurel á los músicos é histriones.  
—¡Salud, Nerón divino!—el pueblo clama,  
los crímenes, los vicios y traiciones  
del tirano infernal dando al olvido,  
porque el César, magnífico, derrama  
el oro sobre el pueblo corrompido,  
como prodiga el sol su alegre llama.  
Roma, la gran bacante, se divierte,  
sin ver que entre los mirtos y las rosas  
de sus juegos y fiestas licenciosas,  
su dardo esgrime la implacable muerte.

## II

¿Quién huye al verde bosque en la serena  
tarde en que con acentos de alegría  
la capital del mundo el aire llena,  
contemplando á Nerón, en la ancha vía,  
ceñido de la púrpura brillante,  
coronada la frente de laureles,  
las manos en la cítara vibrante  
y calzado de azules borceguíes (1),  
conducido por ágiles corceles  
en carro de oro, ornado de rubíes?  
¿Quién en tarde tan plácida se aleja  
del entusiasmo popular, esquivo,  
y corre al bosque virgen que refleja  
la onda clara del Tíber fugitivo?  
¿Quién es ese mancebo de apostura

---

(1) Tal lo pintan Castelar y otros historiadores.



gallarda y fiera y de semblante altivo,  
que, desdeñando el vicio y la locura,  
melancólico, grave y pensativo,  
se interna por la lóbrega espesura?

Es un ser elegido; en su mirada,  
del genio audaz la llamarada inquieta  
brilla radiante, cual desnuda espada  
herida por el sol. Es un poeta.

¡Un poeta!—un espíritu altanero  
que ha mojado su labio en el torrente  
de plata y luz, donde bebiera Homero;  
un soñador que lleva en su alma ardiente  
la hermosura, los cantos y clamores  
del Universo, y en su osada frente  
la diadema más rica y esplendente  
que ciñeran jamás emperadores;  
un hombre triste que ambicioso aspira  
á esculpir en la cumbre de la gloria  
su nombre, á que fulgure su memoria  
en luengos siglos, como inmensa pira;  
un mártir á quien dieron por castigo

sensible corazón hados adversos,  
y cuyo numen canta en áureos versos,  
cual la cigarra en el dorado trigo;  
y que buscando un dictamo á sus males,  
calma y olvido á sus profundas penas,  
labra copas de fúlgidos metales  
donde vierte la sangre de sus venas!

## III

*Todas las tardes, cuando el sol declina,*  
con sus rayos, flamígeros pinceles,  
bañando el cielo en lumbre purpurina,  
el mancebo en el bosque se reclina  
entre frescos rosales y laureles.  
Mira tenaz la rauda y bullidora  
corriente azul del anchuroso río,  
y se explaya su mente voladora  
en un recuerdo plácido que dora  
su rostro juvenil, antes sombrío:

recuerdo de esplendores y belleza  
que en su espíritu lleno de tristeza  
el vate melancólico atesora,  
como en su abismo el mar la perla pura,  
cual lleva la insondable noche oscura  
en sus entrañas á la rubia aurora:  
recuerdo dulce que al mancebo anega  
en sueños de ventura embriagadores,  
y ante sus ojos mágicos despliega  
la radiante visión de sus amores,  
cuadro de penetrante poesía  
que en aquel sitio ameno contemplara,  
al rayo de la luna, en bella y clara  
noche estival, henchido de alegría.  
¡Oh, noche de zafir! Los ruseñores  
poblaban los espacios de armonía,  
y un hálito de fuego ondas y flores,  
nidos y espeso bosque estremecía.  
Insectos brilladores como un astro  
derramaban su luz en las fragantes  
y blancas azucenas, cual diamantes

en desnudas gargantas de alabastro.  
Sobre el césped de fino terciopelo  
estallaba feliz, en locas risas,  
el limpio arroyo reflejando el cielo.  
Al erótico beso de las brisas  
temblaban los rosales, y en las fuentes  
entonaba sus cantos seductores  
la blanca ninfa de ojos refulgentes.

Las delicias gozando y la hermosura  
de esa noche de ritmos y esplendores,  
se hallaba el joven de gentil figura  
—que Héctor se nombra—oculto en la espesura,  
aspirando el aroma de las flores  
y reclinado al pie de los laureles,  
libre su mente en los espacios tersos,  
manando de su boca dulces versos  
como resbalan del panal las mieles,  
cuando con ojos deslumbrados viera  
hendir triunfal la linfa centellante  
del Tíber cristalino á una galera  
de remos de oro y casco rutilante.

En su seno la nave conducía  
á olímpica beldad de áureo cabello  
que besando sus hombros y su cuello  
en luminosa nube la envolvía.

Serena como un lago era la frente  
de la beldad; su labio sonriente;  
su cincelado cuerpo de matrona;  
y llevaba en su mano transparente  
de inmarchitō laurel una corona.

Al ver su faz y sus contornos regios  
sintió, arrobado, el juvenil poeta  
en amor desbordarse su alma inquieta,  
como herido laúd rompe en arpegios.

Y corrió presuroso y anhelante  
del Tíber á la orilla, en el instante  
en que, trazando caprichosos giros,  
se alejaba la nave voladora,  
dejando sobre el agua bullidora  
ancha estela de espumas y zafiros.

## IV

*Todas las tardes, cuando el sol declina,*  
con sus rayos, flamígeros pinceles,  
bañando el cielo en lumbre purpurina,  
el mancebo en el bosque se reclina  
entre frescos rosales y laureles.  
Y, desde aquella noche, en vano espera  
ver en las ondas del sagrado río,  
en su bizarra nave, á la hechicera  
deidad que le robara su albedrío,  
abrasando de amor su vida entera.

## CANTO SEGUNDO

## I

—Vate insigne, tu cántico sonoro  
moja sus alas en acerbo lloro;  
y tus hondas tristezas y dolores

semejan en tus versos brilladores  
gotas de sangre en armadura de oro.  
¿Qué misteriosa pena te devora?  
¿Qué desengaño arrebató la calma  
á tu dulce existencia soñadora?  
¿Qué voraz ambición te muerde el alma?  
Héctor, ¿por qué te juzgas desgraciado  
debiendo ser feliz? Sobre tu cuna  
arrojó sus tesoros la Fortuna  
y tu frente las Musas han besado.  
Desprecia á los espíritus protervos  
que ceban en tus obras su coraje:  
¿no han de insultar los tenebrosos cuervos  
á los cisnes de cándido plumaje!...  
La envidia es una pérfida serpiente  
que embiste á los que irradian en las cimas  
del Arte; mas su rabia es impotente:  
que no puede clavar su corvo diente  
en el bruñido acero de tus rimas.  
¿Á qué te abate, pues, el desconsuelo?  
¿Qué desdicha es la tuya, Héctor amigo?

De tu intensa aflicción descorre el velo  
y tu pesar compartiré contigo.  
—Amo, dulce Quirino, con locura  
á una deidad cuya morada ignoro:  
sólo una vez he visto su figura;  
la busco y, al no hallarla, sufro y lloro.  
¿Ves cuántas flores hay en los verjeles?  
Pues su cuerpo más gracias atesora.  
El que bese su boca de claveles  
¡en ella besará toda la aurora!  
Al rayo de la luna nacarada  
absorto contemplé sus formas bellas,  
y abrióse ante mi mente fascinada  
un horizonte azul lleno de estrellas.  
Desde entonces la busco noche y día  
y no la he vuelto á ver.—¡Y ése es tu duelo!...  
Mujeres hallarás de ojos de cielo  
y faz de diosa en la imperial orgía.  
Allí verás sonrisas hechiceras  
en que el ansia de goces se retrata,  
labios de fuego, undosas cabelleras,



senos cual globos de luciente plata...  
—¡Impureza, abyección y podredumbre!  
No compares la zarza con el lirio,  
ni el vil pantano con la enhiesta cumbre:  
¡la hermosura que adoro con delirio  
toda es pudor, magnificencia y lumbre!—  
Tal conversaban Héctor, el poeta,  
y su amigo Quirino, actor romano,  
más alegre que una ánfora de Creta,  
caminando los dos por la ancha vía,  
hacia el *palacio de oro*: que el tirano  
en su mansión celebra loca orgía  
en honor de los vates, los histriones,  
los músicos, cantantes y bufones  
que alcanzaron en Roma nombradía.

## II

Cuando llegaron Héctor y Quirino  
al salón de las regias bacanales,  
airosas bailarinas orientales,

de ojos de luz y cuerpo alabastrino,  
adornados los brazos, pies y cuello  
de ricas esmeraldas, y el cabello  
prendido de jazmines y de rosas,  
giraban al compás de las vibrantes  
músicas de los sistros resonantes  
y de las flautas lidias melodiosas,  
envolviéndose en velos deslumbrantes,  
como las bellas virgilianas diosas.

Ya en brazos del placer, los convidados,  
en sus lechos de púrpura sentados,  
una vez y otra vez mudado habían  
las guirnaldas de pámpanos y flores  
con que sus sienes cálidas ceñían.  
Ya el espumoso vino de Falerno  
daba á los rostros vívidos colores  
y á las miradas resplandor de infierno;  
y las copas de artísticas labores,  
ceñidas de claveles de escarlata  
y derramando gotas ambarinas,  
rodaban con sus voces argentinas

sobre las mesas de marfil y plata.  
Ya la bóveda altiva del triclinio,  
esmaltada de azul, de ópalo y minio,  
abriéndose, arrojaba frescas rosas,  
coronas de oro y aguas olorosas;  
mientras Nerón la frente reclinaba  
sobre el ebúrneo seno de una esclava  
de sedosos magníficos cabellos  
á la jónica usanza recogidos,  
de pupilas de mágicos destellos,  
formas de nieve y labios encendidos.

## III

Estallaba ruidosa la alegría  
en la imperial desenfrenada orgía,  
al penetrar en la soberbia estancia  
Héctor, á quien el monstruo coronado,  
de vanidad henchido y arrogancia,  
así le habló, sentándole á su lado:

—Roma ayer presenció, caro poeta,  
de entusiasmo abrasada, mi victoria  
sobre el cómico Néstor, el atleta  
Marcio y Julio el cantor: inmensa gloria  
conquistaron mis músculos de acero  
y mi voz regalada; pero ansío  
otropreciado timbre: medir quiero  
tu sacro numen con el estro mío.  
Retóricos y artistas eminentes  
he reunido á mi mesa en este día;  
ellos han de otorgar á tu poesía  
el laurel, ó á los cánticos valientes  
que engendrara mi excelsa fantasía.  
Levántate y recita tú primero—  
dijo Nerón. Las risas se apagaron,  
sistros, flautas y crótalos callaron,  
y del labio del joven altanero  
brotó un himno sublime y esplendente,  
arrebatado, al férvido torrente  
de plata y luz donde bebiera Homero;  
himno cuyas estrofas de cristales

encerraban las músicas sonoras  
de todos los parleros manantiales,  
los perfumes de todos los rosales  
y los rayos de todas las auroras.

Ante prodigio tal, los convidados,  
ya por el Cirenaica delicioso  
y el Falerno dulcísimo inflamados,  
ocultar su entusiasmo no supieron  
y, sin temor al César envidioso,  
en aplausos y vítores rompieron.  
—¡Imbéciles!—rugió con saña fiera  
el leopardo imperial. Por vez primera  
ante el déspota horrible se aplaudía  
á uno de sus rivales.—¡Vil jauría  
—Nerón gritaba enfurecido,—lame  
la maldecida mano de este infame!  
¡Cuando aclamabas, despreciable tropa,  
al autor de esas bárbaras canciones,  
un veneno ha vertido él en mi copa!  
Del circo las serpientes y leones  
el crimen de Héctor vengarán mañana.

—¡Mientes, mientes!—clamó con voz de trueno  
el inocente joven, de ira lleno.—

¡Mientes, oprobio de la especie humana!  
Mas no, tienes razón, alma traidora:  
que la miel perfumada que elabora  
la abeja de oro del talento ajeno,  
si es para todo el mundo embridadora,  
para ti siempre fué mortal veneno!

Apenas pronunció palabras tales,  
Héctor fué á una mazmorra conducido;  
y en silencio glacial quedó sumido  
el salón de las regias bacanales.

## EPÍLOGO

El Circo inmenso el populacho llena.  
Bella es la tarde. El sol en el espacio  
finge hermoso león de áurea melena.

Otro león magnífico, en la arena,  
fija sus grandes ojos de topacio  
sobre el mancebo condenado á muerte,  
y lanzando un rugido lastimero  
se echa á sus plantas generoso y fuerte.

Héctor, después, con una sierpe lidia,  
fría como una lámina de acero  
y verde como el rostro de la envidia.

El inmundo reptil se enrosca fiero  
al cuello de la víctima inocente;  
como un dogal elástico lo aprieta...  
y á poco, bajo el cielo refulgente,  
rueda sin vida el mísero poeta.

La multitud entonces, asombrada,  
contempla con estúpida mirada  
á olímpica beldad de tersa frente  
y cincelado cuerpo de matrona,  
que, ostentando en su mano transparente  
de inmarchito laurel una corona,  
desciende, en actitud grave y serena,  
del vasto Circo á la candente arena;

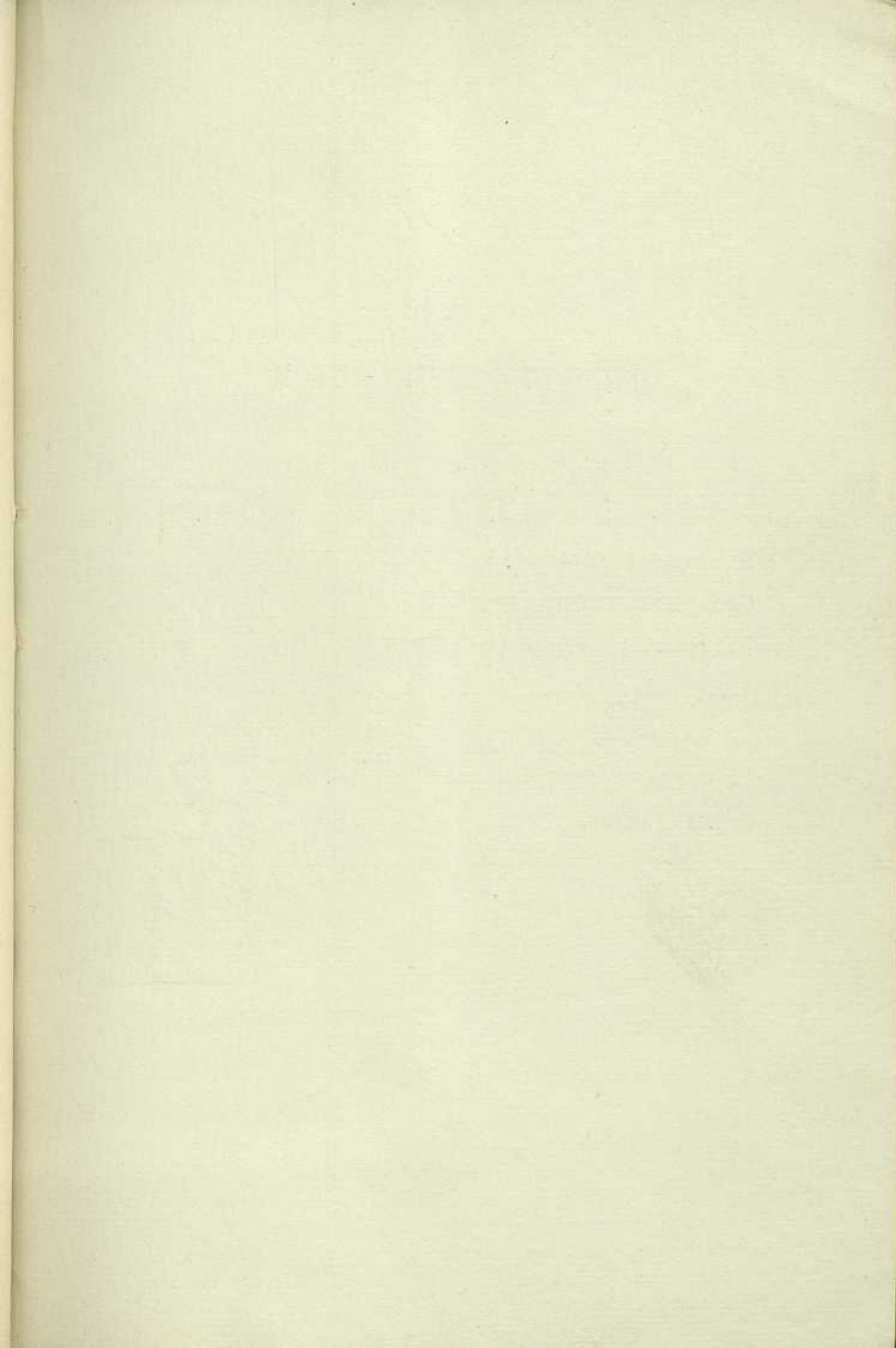
se inclina triste hacia el cadáver yerto,  
lo corona de lauros triunfadores  
y da en el rostro pálido del muerto  
un beso todo amor, todo esplendores.



FIN

Noviembre 95.





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

	<u>Pesetas.</u>
ANDANTES Y ALEGROS (poesías).....	2
CROMOS Y ACUARELAS (poesías).....	3
EL DEDAL DE PLATA (monólogo dramático).	
Agotada.....	1
LA VIDA INQUIETA (poesías).....	3
LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS (poema).....	1
POEMAS PAGANOS.....	1